TOCQUEVILLE 287
Los riesgos de la lucidez 287
El viaje 289
La Democracia en América. Dos libros en uno 291
El método Tocqueville, o el *bricolage* oportuno de la posteridad 293
Tocqueville sociólogo 295
Aron y sus razones para incorporar a Tocqueville en el club de los grandes sociólogos 297
Las profecías de Tocqueville sobre un nuevo despotismo, en democracia 299

Anexos 304

SARTORI 311
La democrazia dopo il comunismo 311
El segundo Sartori. *Homo Videns*. La pantalla como autoridad 312

Anexos 313

Conclusión y pronóstico: El campo inmenso de lo imprevisto 331

AGRADECIMIENTOS Y PREÁMBULO METODOLÓGICO

Lo de los agradecimientos no es rutina ni gesto consabido. Puede ser sincero, y es el presente caso. ¿Cómo podría dejar de agradecer a las autoridades académicas de la Universidad San Martín de Porres el que publiquen estas "lecciones" mías? Sin engolamiento ni pedantería, lo tomo como prueba que se valora mis esfuerzos por intentar explicar los grandes pensadores de la filosofía y de las ciencias políticas. Está claro que mis cursos no fueron la catequesis de alguna ideología. Por otra parte, estas lecciones me pusieron en contacto directo, ciclo tras ciclo, con una masa crítica de alumnos, que después de catorce años de cátedra, suman algo como un millar. Mis cursos acaso sirven para aprender y en gran parte, desaprender. Tuve muchas veces que vencer el enrejado, la tela metálica de las ideas previas, de los prejuicios. Y en muchos casos, lo contrario, ellos me enseñaron qué debería enseñar. Y por eso, no es retórica o fácil halago decir que este libro de alguna manera no hubiese sido posible sin la lección que venía de sus preguntas. Este libro les pertenece.

Sin embargo, es evidente que debo combinar los agradecimientos con el fruto mismo. Debo explicar, de inmediato, las raíces de esta obra, la recolección de métodos y escuelas filosóficas y científicas que la sostienen. Ahora bien, situar los orígenes de la presente obra conduce inevitable a explicar mi propia vida. Decir, por ejemplo, que después de decenios de ejercer la docencia en Europa, regresé al Perú, el 29 de enero del 2003. He pasado mi vida estudiando. Primero historia, luego ciencias políticas, y por último ciencias sociales. Luego de un breve periodo en Oxford, fue en Francia donde fui investigador, luego profesor titular de universidad, lo cual es honor y responsabilidad. Solo se llega a ese estatus tras ganar un primer lugar en concurso público. Lo digo para que se entienda las diversas raíces metodológicas del presente trabajo, y sin duda alguna, los agradecimientos —no a escuelas sino a personas de carne y hueso— a quienes me iniciaron en los postulados de racionalidad que incorporé en mi vida. Primero en San Marcos, a lo que siguió la prolongada educación superior recibida en dos altas escuelas francesas, el Institut des Sciences Politiques de París (1965-1969), y años después, en la École des Hautes Études des Sciences Sociales.

Al volver, fue Marcial Rubio quien me invita a dar clases en la Pontificia. No le fue posible colocarme en Ciencias sociales y políticas y me abrió un espacio en la facultad de Derecho. Recuerdo el sílabo, estudiamos con mis alumnos —a los que no olvido ni me olvidan— no solo la hilera de grandes pensadores sino las instituciones contemporáneas. En la Pontificia, también dicté un curso en Comunicaciones, que se llamó teoría y práctica de la composición de textos razonados. En otras palabras, saber escribir un ensayo y preparar a los candidatos a doctores a redactar una tesis. Hay algunos que hasta el día de hoy, me lo agradecen. Poco después, enseñaba también en la Ruiz de Montoya. Fue un momento cordial y fructífero, mis estudiantes me ponían las mejores notas. No dictaba clases para iniciarlos en alguna ideología, al contrario. Mis cursos sirven para analizarlas con los instrumentos de la razón y el pensamiento crítico y en consecuencia, tomar distancia de las mismas. Confieso que en esa materia sigo al filósofo alemán Voegelin, que las considera *Die politischen Religionen*. O sea, religiones políticas. Y en consecuencia llevan consigo dogmas incompatibles con el saber libre propio a la *universitas*. Pero, habiendo aceptado la propuesta de dirigir la Biblioteca Nacional me entregué de cuerpo y alma a mi tarea de Director. Pero después de la BN me encontré con la sorpresa que no me renovaran el contrato de trabajo. Había vivido treinta años en el extranjero y no me había percatado que aun en las mejores universidades del Perú se prescindía de la independencia del catedrático, capaz de autonomía para hacer teoría científica. Algo, en mi ausencia, había reemplazado el trabajo teórico, algo que no es sino "modos de pensar". No es lo mismo. Esto último, no es ciencias sociales sino un sistema cerrado. Había aceptado un cargo, a la que mi vida de estudioso apuntaba, ¡ser bibliotecario! Pero quien me nombró fue Alan García. Ese hecho fue suficiente para convertirme en un exiliado en mi propio país. A lo que se suma el ser, como docente, un libre pensador. No me entendieron.

Me había formado en Europa en la escuela de Max Weber: "una cosa es tomar una posición política y su praxis, y otra, más allá de las estructuras de partidos y de doctrinas, establecer los hechos, determinar las realidades sociales, estudiar los problemas desde una postura heterodoxa, buscando la objetividad, las causalidades, incluso si estas contrariaban nuestras evidencias, probablemente equivocadas" (*Le savant et le politique*, París, 1959). En Francia, debido a esa precaución, la politización de la sociología no había llegado al grado de lo peruano. Es hasta hoy, una ciencia por construirse.

Comenzaba a desesperar, incluso me trotaba en la cabeza la posibilidad de cambiar de residencia y país, cuando en esos años, me lleva de la mano Javier Tantaleán al reciente Instituto de Gobierno de la USMP. Alan García, entonces, en el paréntesis de su primer gobierno y el que

se inicia en el 2006, la dirigía. Recuerdo la pregunta que me hizo. ¿Qué de mi experiencia europea era susceptible de dictarse en esas aulas? Y le respondí que si en efecto quería formar una capa social de servidores del Estado capaz de mantener un diálogo con un senador americano o un ministro europeo, lo mejor era educarlos en algo que resulta natural en Oxford, Harvard o La Sorbona, a saber, los clásicos de la filosofía y el pensamiento político. Y fue desde esa hipótesis que mis clases abordaron los griegos de Aristóteles hasta el mundo contemporáneo de Hannah Arendt y Sartori. O sea esas clases, desde el 2003 al 2017, es este libro.

Sin embargo, ha habido años en que llegaron, masivamente, economistas, gente del Derecho, oficiales de las Fuerzas Armadas, ingenieros interesados por las revoluciones industriales, científicos, todos en búsqueda del origen mismo de la modernidad en el campo cognitivo. Entonces, no expliqué solo una disciplina sino varias. Cómo cambia la forma de razonar cuando Maquiavelo es la secularización de la política. Cómo se razona desde Galileo al observar los astros o con Darwin la evolución de las especies. Cómo en las ciencias de las sociedades se razona desde Tocqueville y Weber. Los cambios en las ciencias históricas con la escuela de *Annales*, la de Fernand Braudel, no los acontecimientos breves que pueblan la vida política de los Estados, sino la "larga duración", lo secular, los cambios profundos, estructurales, demográficos, sociales, lingüísticos. Desde entonces, soy fiel a esa mirada casi geológica, la perspectiva desde las capas tectónicas de las sociedades que se mueven lenta pero inexorablemente. Cómo se razona en las ciencias políticas actuales, desde la quiebra del marxismo en Europa, mucho antes de 1989, y que produjo, como señala Jacqueline Russ, "los pioneros de la resurrección de las ciencias políticas liberadas", es decir Raymond Aron y Hannah Arendt (*La marche des idées contemporaines*, París, 1994). Recuerdo que ese fue el sílabo del año 2014. Mi pasión por las ideas ha regado mis cursos, y centenares de alumnos que han participado en mis clases-taller, han tenido por delante el panorama de la modernidad. No es frecuente. Tenemos como medio siglo de retraso.

Dicho esto, nada de los estudios e investigaciones que pueblan mi vida, es ajeno a mi primera formación en San Marcos. Vuelvo, pues a los agradecimientos. Conocí excelentes maestros —Arguedas, Valcárcel, Tauro del Pino, Dumbar Temple— y en especial, a Augusto Salazar Bondy y a Raúl Porras. El primero siembra en mi espíritu la curiosidad por las ideas, tema en el cual tiene un estudio hasta ahora no superado, *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo* (1965). En cuanto a Porras, le debo lo que soy. Fue una fortuna que me llamase para trabajar en su casa-taller de Colina, junto a Pablo Macera, Carlos Aranibar y Mario Vargas Llosa. El historiador Porras vuelto un ocupadísimo senador, recurría a sus jóvenes ayudantes para que leyesen por él. Hacíamos fichas para el

maestro, éramos su sentido y sus ojos. Teníamos un ingreso del cual se ocupaba Juan Mejía Baca, su amigo y editor. Aprendí más con Porras que todos los otros cursos universitarios. Y las técnicas del comentario y la disertación, fueron las herramientas metodológicas que me acompañan hasta el día de hoy. Nunca terminaremos de agradecerle la iniciación en las artes del quehacer intelectual. Por eso, trato de hacer lo mismo con mis alumnos. Sea cual fuese el contenido de un sílabo, todo apunta a que mis alumnos lean y entiendan directamente un autor, por difícil o inaccesible que parezca. Y es acaso esos ejercicios personales cada semana, venidos de la lectura directa, lo que les cambia la vida, porque les revelo los secretos del oficio de escribir razonando.

Sostengo que un docente no es sino un intermediario entre un pensador y los alumnos. Mis clases se dividen en dos tareas. Explico una idea, un autor, y luego, los alumnos deben leer a Hobbes o a Weber, y construir un texto universitario, con hipótesis, desarrollo y conclusiones. El lector observará que esa es la estructura misma del presente libro. En cada lección está mi lectura crítica y luego, un texto o varios del autor concernido. Mi propedéutica es cartesiana en las explicaciones. Y en las intenciones, es weberiana. El propósito es aplicar lo que Weber llama el *Verstehen*. En castellano, comprender. Me cuesta acostumbrarlos a lo que es, no un movimiento de simpatía o antipatía por el partido o fenómeno estudiado. *Verstehen* es descubrir primero las causas de algo. Antes de los inevitables enjuiciamientos del orden de los valores y no de la realidad. Cuando ha aprendido el alumno estas reglas de rigor y de libertad, puede abordar cualquier texto o pensador. No doy clases para transmitirles un "pensamiento único". No conduzco a mis alumnos, por respeto a sus derechos de ciudadanos, a ninguna jaula de hierro del pensamiento. Los hago libres. Y los educo para que vuelen con sus propias alas. Ellos se dan cuenta. Y me aprecian. Las presentes lecciones no están hechas para manipular y conducir ciudadanos a tal o cual opción política.

Pero esto me lleva a otro tema. Y es aquí, en el umbral de este libro, que debo decirle. He gozado de la mayor libertad de pensamiento y de expresión de parte de las autoridades de la universidad que edita estas lecciones. Jamás nadie se ha entrometido en el contenido de mis clases. Nos hemos sujetado a todas las pautas del oficio, a lo que mandan las reglas, pero nadie me ha dicho que escriba así o asá. Por eso mi agradecimiento es sincero y no puedo menos que revelarlo. Ni cuando el Instituto era director Alan García, Javier Tantaleán o Iván Hidalgo. En el estricto espacio del docente, ni el rector ni las autoridades han dudado de mi imparcialidad académica. Por cierto, no soy el único. En el Instituto dictan clases Enrique Bernales, Oscar Murillo, Max Hernández. Nadie es perfecto pero está claro que no somos una gavilla más de dogmáticos de las que abundan en Lima.

Dicho todo esto, agradezco inmensamente al rector Antonio Chang, a Jorge Ureña, gerente general. Y sin duda, a Iván Hidalgo que no ha cesado de animarme para que escriba estas "lecciones". A Juan de la Puente, director del Fondo Editorial. Y a Luis Suárez y su equipo, por el buen gusto de la diagramación de este manual, que precisamente por eso, necesitaba citas a pie de página y formas gráficas diversas para resaltar, visualmente, los textos de introducción a cada autor, de los textos mismos del pensador, cuyo interés es que los aborde el lector, en particular el estudiante, para construir su propio comentario. Debo decir, no porque sea mi esposa, que Claire Viricel nos ayuda minuciosamente, línea por línea, página tras página, salvándome de algún momento de entusiasmo en que no he sido suficientemente claro. Como buena francesa y cartesiana, lo que no está claro, no vale. A todos ellos, del fondo del alma, gracias.

Por cierto, sé lo que le falta a este libro. Del empirismo inglés está Hobbes pero no John Locke. Ni Berkeley ni David Hume. De la Ilustración francesa no está Charles-Louis de Secondat, más conocido como Montesquieu. ¿Cómo he podido prescindir de Benjamin Constant, en especial, su *Principios de política aplicables a todos los gobiernos* (1806)? ¿Y cómo es que no he tomado en cuenta los federalistas americanos, Hamilton y Madison, el "padre de la Constitución"? En realidad, me ocupé de ellos en otro de mis libros, *¿Qué es República?* (2012).

Pues bien, quien nos hiciera esa objeción, no le falta razón, pero lo que entonces quiere no es este modesto manual sino una enciclopedia. Ellas existen. Sus señas se pueden encontrar en el pie de página de este mismo manual. Las conozco, sobre ellas me sustento académicamente para citar a los mejores especialistas en Rousseau o en Marx. Ahora bien, hemos seguido en este libro un camino convencional y por lo tanto, sensato. Aquí se examina y se tiene acceso a Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Marx, Arendt, Weber, Tocqueville, Sartori. ¿Con qué criterio? No faltan nunca, los mencionados, en libros de iniciación al pensamiento sobre política. Nos hemos atenido a que sean nueve, que no es poco.

Por cierto, podríamos tener otro manual con otro índice. ¿Por qué no un Nietzsche y la política? Por algo concibe "la voluntad de poder" y roza el nihilismo. O Baruch Spinoza, que aterra a unos y entusiasma a otros, como Toni Negri, el teórico de las Brigadas Rojas italianas, que lo considera "el más valioso por ser el más subversivo". ¿Por qué no Heidegger o Freud? Por otra parte, ¿cree el lector que no me tienta un estudio que tome en cuenta a los grandes políticos? Esos que detesta y admira Isaiah Berlin, desde el romano Julio César —el inventor de la teoría del Jefe—y luego Bonaparte, Hitler, Stalin, Churchill, Mao. Bien mirado, ante el tema del poder, ¿quién escapa? Ni los creadores

de religiones, Moisés, Jesús, Buda. Porque a veces, el reino no es de este mundo, pero por lo general, es demasiado de este mundo. Ante tal fatalidad, es mejor conocer qué es política, para evitar excesos. Eso que los griegos detestaban, la *hybris*, el pecado de la demasía. Es un escéptico entre los escépticos, que escribe, horrorizado "que los hombres no terminan de odiarse pese a que son hermanos". Ese pensador se llama Voltaire. En una "Plegaria a Dios" *(Tratado de la tolerancia)*. ¿Hay algo peor que la política? Claro que sí. Cuando la paz varsoviana reina, es decir, cuando nos han vuelto corderos. La otra posibilidad es eso que se llama guerra. Es decir, la muerte colectiva. La política es una forma de mantener la especie en vida. Nada más ni nada menos. Si la perdemos, nos esperan diversos infiernos, en este mundo.

Hugo Neira
Octubre del 2017

INTRODUCCIÓN

LA POLÍTICA, EL ARTE MAYOR

Conviene intentar definir la política desde su aspecto más sencillo y universal. Como un concepto que aborda la aptitud de los hombres para organizarse. A partir no solo del instinto de supervivencia, sino estableciendo reglas, principios y modalidades. Su finalidad es solucionar pacíficamente sus conflictos internos. Es ante todo una acción. Su especificidad se remonta a la noche de los tiempos. Y es sin duda el mayor de los retos, su finalidad. Que es particular. Que toca el tema del poder. A la vez, inscrito en la naturaleza y en la cultura humana. Al margen de las acciones destinadas a los cultos sagrados, económicos o lúdicos, existe para que un grupo determinado —de la tribu a los grandes imperios— no se destruya por sí mismo. Su par contrario es la guerra. El primer paso que hay que dar para entender la política, es que precede a los reinos e imperios históricos, a los que anticipa un estado político, es decir una disposición latente, venida de la rivalidad individual o jerárquica. Un sentido innato en la especie. Hay una manera de saber, sin embargo, cuando un grupo no solo se organiza desde el poder (tribal o consanguíneo) sino por la necesidad de la separación entre gobernantes y gobernados. Así, para distinguir las formas iniciales de la organización mediante reglas, hay que admitir que estas son distintas, aunque todas buscan la concordia interna y la seguridad ante lo extraño, externo y distinto.

¿Qué es política? Esta cuestión aparecerá repetidas veces en esta obra. Al abordar la *polis* griega, la *cité* antigua, las repúblicas italianas como la Florencia de Maquiavelo, la Inglaterra absolutista de Hobbes o el *Ancien Régime* en Francia que prepara, según Tocqueville, antes de 1789, un Estado moderno gracias al arte de la administración. Entonces no estaremos preguntándonos qué es política sino qué son los regímenes políticos. No solo la diferencia entre monarquías y repúblicas, sino la manera precisa con que la regla del poder permite a un rey mandar a un noble y este al siervo, o si es preciso, los mecanismos de la obediencia y la desobediencia. Hablaremos entonces de «modalidades». Podemos